

DANIEL INNERARITY: *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Paidós, Barcelona, 2009, 221 págs.

En las páginas finales de *La sociedad abierta y sus enemigos*, K. Popper contrapone el presunto sentido subyacente de la historia, solo alcanzable mediante el descubrimiento del secreto de la esencia humana, a su verdadero sentido, al que los seres humanos deciden orientar sus proyectos:

Si bien la historia carece de fines, podemos imponérselos, y si bien la historia no tiene significado, nosotros podemos dárselo... En lugar de posar como profetas debemos convertirnos en forjadores de nuestro destino.

La interpretación histórica no proporciona criterio alguno para descifrar el sentido de expresiones tan grandilocuentes como *trayectoria de la humanidad, clave o significado de la historia*, el empeño resulta mucho más modesto:

La interpretación histórica debe satisfacer una necesidad derivada de las decisiones y problemas prácticos que debemos afrontar.

Daniel Innerarity ha replicado el título de la obra de Popper advirtiendo sobre la urgencia de abandonar la confianza en el curso de una supuesta necesidad histórica que conducía al progreso y proponiendo la conveniencia de plantear el futuro con la conciencia de las limitaciones humanas, pero al mismo tiempo con la decisión de configurarlo:

Se trataría ahora de cambiar la ficticia necesidad del progreso por la voluntad de progreso, por el compromiso modesto de realizar tal o cual progreso en un dominio bien definido.

En las últimas páginas de *El futuro y sus enemigos*, Daniel Innerarity converge con Popper y plantea un reto que, quizás por obvio, resulta muy original: en una sociedad postheroica debe primar una adecuada descripción de la realidad sobre propuestas ideales alejadas de la experiencia vivencial y cotidiana. Si la estabilidad puede definirse como la coherencia entre la experiencia y la expectativa, entre la conciencia del presente, de sus restricciones, pero también de sus oportunidades y de la contingencia e indeterminación del futuro, pero igualmente de su posible configuración, entonces el diagnóstico ha de exceder la enumeración de hechos o de la constatación de datos y prefigurar un pronóstico que no es tanto una adivinación del futuro, cuanto una forma de adelantar el porvenir.

El autor ha desarrollado esta idea en *La sociedad invisible*, en el capítulo que anuncia el contenido de este libro que lleva el significativo título *El futuro ya no es lo que era*. Distingue con claridad el rigor analítico de la imaginación creadora. Ante unas posibilidades ilimitadas y sin precedentes para disponer de datos sobre nuestra época, sin embargo el futuro aparece más in-

determinado y azaroso que nunca. Al describir la realidad, al realizar el diagnóstico, resulta obligado detectar las señales que apuntan o exigen cambios, sería ésta la forma adecuada de vincular experiencia y expectativa. I. Berlin diferenció agudamente entre análisis y síntesis y reservó para la correcta comprensión del juicio político la visión sintética frente a la exhaustividad analítica. Berlin advierte, no obstante, que no conviene confundir la síntesis con la intuición y mucho menos con la corazonada, la introducción de sentido en la pluralidad de datos y la consiguiente discriminación entre opciones o alternativas, nace de la experiencia, de un sentido de la realidad que permite apreciar los problemas en fase embrionaria, cuando se están gestando y admiten una dirección cabal.

Ahora bien, para que la señal active las alarmas, el juicio político no puede quedar fiado al talento o a la intuición de dirigentes excepcionales. Daniel Innerarity condiciona la prospectiva, la decisión y la configuración del futuro a que la urgencia y la aceleración no constituyan la norma sino la excepción. Para que la urgencia se identifique a través de señales no todo puede cambiar al mismo tiempo, debe permanecer un núcleo protegido por un cinturón flexible y revisable, de lo contrario la urgencia degrada el futuro y sobredimensiona el presente, desaparece la conexión entre experiencia y expectativa.

Los términos empleados para señalar la ponderación entre la estabilidad y el cambio proceden del vocabulario decantado por la teoría del conocimiento formulada por Popper y Lakatos. Ambos científicos dejaron claro que el conocimiento avanza solo si evoluciona de lo menos fiable a lo más fiable, nada progresará, por el contrario, si se oscila de la ignorancia al conocimiento. Cobra todo su sentido las advertencias iniciales de la modestia y comedimiento que deben informar la innovación en sociedades complejas. El autor también lo advierte: si todo es urgente y, por tanto, importante, será imposible identificar lo que pide cambio y lo que debe permanecer. La hegemonía de la urgencia y el dominio de la aceleración presentan analogía conceptual con la *tabula rasa* o el lienzo en blanco popperiano.

SOCIEDAD POSTHEROICA

Acaso el capítulo central de *El futuro y sus enemigos* sea el dedicado a la sociedad postheroica. En primer lugar aclarar que, como el autor escribe en otro capítulo, el prefijo post revela la desorientación ante el futuro, quizás no venga mal recordar el proverbio gramsciano: cuando lo nuevo no nace y lo viejo no acaba de morir. La sociedad postheroica es el contrapunto polémico

de lo que Fukuyama caracterizó como el fin de la historia, un tiempo en el que los principios rectores de la política no admiten alternativas y los cambios son inevitablemente graduales. Daniel Innerarity, provocadoramente, exalta el tedio de una sociedad como un indicador de una vida rica que no queda absorbida por la política. Creo no desfigurar las ideas del autor afirmando que la sociedad postheroica constituye el marco para la buena descripción de la realidad y la consiguiente desdramatización de la utopía como un estado inalcanzable.

No es fácil definir con precisión qué sea el rasgo postheroico, pero no parece desacertado seguir la reflexión de Daniel Innerarity cuando llama la atención de no pedir a la política aquello que no está en condiciones de conceder. Cuando Norberto Bobbio enumera las promesas incumplidas de la democracia como continuidad a su profunda reflexión sobre las relaciones entre liberalismo y democracia, hemos de preguntarnos si tiene lugar en nuestros días una democracia exigente susceptible de ocupar la mayor parte de los asuntos humanos. El aburrimiento que el autor valora en las sociedades postheroicas se opone a una sociedad permanentemente agitada donde la urgencia fomenta la protesta y la movilización. Retomando la defensa de la representación política argumentada en *El nuevo espacio público*, Daniel Innerarity contrapone el ímpetu efímero de la protesta a la lentitud orgánica de la democracia representativa, a diferencia de la política negativa (contrademocracia) de los movimientos de protesta, la representación puede articular un proyecto que no se agota en la inmediatez y la parcialidad de una pretensión particular o corporativa. La política ha de ponderar (modular) los intereses específicos y a corto plazo con una visión donde se preserve el interés general y el largo plazo. Aquí radica la relación debida entre pasado, presente y futuro.

CONFIGURACIÓN DEL FUTURO

Convertir la indeterminación e incertidumbre del futuro en despejado porvenir exige configurar la realidad del presente. Un concepto fundamental, reiteradamente invocado en este libro, es el de configuración de la realidad. Sería la correcta y provechosa descripción de la realidad entendida como reflexividad sobre la incertidumbre con el fin de aprovechar las contingencias para el cambio y la adaptación. La configuración consiste en el diseño institucional que armoniza la continuidad y el cambio en cuanto estabilidad que, a su vez, favorece, la fluidez entre presente y futuro. Pero el concepto de configuración adquiere singular relevancia al ponerlo en rela-

ción con la responsabilidad frente a generaciones venideras. Emerge el dilema para valorar en qué medida hipotecamos o liberamos desde el presente a las generaciones futuras.

Daniel Innerarity destaca la configuración como unas reglas de juego que condicionan las decisiones futuras, pero también permiten atender políticas específicas sin tener que cuestionar continuamente las instituciones. Se trata de una idea que guarda coherencia con la recomendación del autor sobre la naturaleza de la estabilidad política y de la responsabilidad hacia las generaciones futuras:

La paradoja del respeto intergeneracional podría formularse así: hemos de tomar ahora determinadas decisiones para que ellos tengan luego la libertad de elegir.

En toda sociedad bien constituida hay un juego entre decisión innovadora y estabilización institucional... Hay muchos motivos para llevar a cabo esa «alabanza de la rutina» que está en la base de toda institución, pero las instituciones no dejan de ser un entramado de decisiones establecido sobre la base de decisiones precedentes y que posibilita decisiones futuras.

La cuestión fundamental en el debate sobre la responsabilidad de los vivos hacia los por nacer la recoge el autor a través de un juego de palabras que capta perfectamente el dilema: se trata de conceder prioridad a la configuración del futuro sobre la satisfacción a ultranza de la inmediatez en el presente. En palabras de Daniel Innerarity:

La acción responsable respecto del futuro podría formularse diciendo que prioriza la hipoteca que el futuro tiene respecto del presente sobre la hipoteca que el presente tiene respecto del futuro.

CRONOPOLÍTICA. COORDINAR LAS TEMPORALIDADES

La configuración tiene otra dimensión que el libro aborda y que el autor ha desarrollado en obras anteriores. Es el tema de la gobernanza y de la función del estado en una sociedad compleja. Quizás no fuera desacertado relacionar esta reflexión con el capítulo sobre la cronopolítica, con las diferentes temporalidades desplegadas por cada uno de los actores: el tiempo corto de la opinión pública y los medios de comunicación y de los mercados financieros, el tiempo largo de las instituciones, las demandas puntuales y efímeras de los movimientos sociales, la inmediatez y eficacia de una presión corporativa... el estado debe coordinar esta disparidad de ritmos para que el presente no impida considerar el futuro. En realidad el gobierno, la dirección política pasa por conjugar urgencia e importancia haciendo urgente lo im-

portante. Comentario análogo merece el civismo en las sociedades complejas: no puede quedar devaluado el juicio político por la coyunturalidad de los sondeos, la especulación de los mercados o el marketing político, el objetivo no es estar al día sino vivir el día, lo que Daniel Innerarity, siguiendo a G. Simmel, identifica con la libertad entendida como *liberación frente al ritmo colectivo*, posibilidad de sustraerse a los ritmos impuestos. Tanto para el estado como para el ciudadano es necesario un punto de referencia que resista el flujo, que le otorgue sentido. Este punto de referencia es el eslabón entre pasado y futuro: que el presente mire el pasado con ojos de futuro articulando proyectos innovadores que no alteren de forma radical las instituciones, pero que permita adaptarlas a las exigencias nuevas.

Todas las reflexiones anteriores concluyen en ideas que han sido consideradas con anterioridad y que, por tanto, también se extienden al estado: en una sociedad compleja el estado pierde la condición de un poder jerárquico que invoca la soberanía para imponer y justificar sus decisiones. Muy al contrario y siguiendo los conceptos de la teoría del conocimiento, las políticas no son algo que se impone desde la seguridad de una planificación racional amparada en el monopolio de la fuerza; las políticas en este nuevo contexto se parecen a hipótesis sujetas a la provisionalidad y la contingencia de la prueba ensayo-error.

Desde la gestión pública se ha caracterizado al estado como estado regulador o incluso estado relacional. Con ambas expresiones se intenta encontrar la singularidad institucional del estado y, en cualquier caso, abandonar definitivamente el privilegio ontológico concedido al estado como medio (instancia) imprescindible para la provisión de servicios públicos. El estado sería garante de la prestación de servicios públicos, pero no necesariamente el responsable de la (su) provisión directa a los particulares, una función que puede asumir la iniciativa particular, bien sea como empresa privada o como economía social. A juicio de Daniel Innerarity este repliegue del estado no implica debilidad sino concentración en aquellas funciones que ni el mercado ni la sociedad civil están en condiciones de asumir con solvencia. Esta idea ha de compartirse con dos salvedades de calado.

En primer lugar conviene no confiar en nuevos sujetos privilegiados, sea la sociedad civil, sean los movimientos (desacralización de la política), en *El nuevo espacio público*, el autor señala la debilidad en la propuesta de Habermas cuando opone el mundo de la vida al sistema, reverdeciendo la vieja polémica de la espontaneidad frente a la organización librada en el marxismo de entreguerras, una tradición de discurso que iniciara Rosa Luxemburgo y culminara H. Arendt. Frente a ellas Lenin y el taylorismo subordinarán la iniciativa y creación individual a la organización científica del trabajo.

Como eco (continuación) de esta disputa, aparece lo que el autor teoriza como la tensión entre la estabilidad de las instituciones y la necesidad del cambio: sin la existencia del estado las energías cívicas de la sociedad civil o la iniciativa empresarial no encontrarían asidero. El estado no es un actor más, aunque sus políticas tengan que ser formuladas como hipótesis y necesiten el apoyo, el concurso y la anuencia de la sociedad, en último término debe haber una instancia que decida porque, a buen seguro, entre pretensiones e intereses encontrados, difícilmente habrá unanimidad y acuerdo pleno.

El segundo aspecto a considerar es la propia naturaleza del carácter *regulador* o *relacional* del estado. Daniel Innerarity escribe que el estado debe ser garante no necesariamente provisor de los servicios públicos. Por garante ha de entenderse que los particulares reciban la prestación de forma regular y universal en el sentido que el derecho comunitario ha imprimido a los servicios de interés general, una categoría que se extiende a la provisión pública o la imposición de obligaciones de servicio público a particulares, es decir a los poderes públicos o al mercado y la iniciativa privada. Esta idea que parte de los fallos del estado y del desmoronamiento de la certeza que veía en la intervención pública la condición necesaria para el logro de justicia y eficacia en la garantía de los derechos. Sin duda alguna esta valoración crítica tiene fundamento pero, como cualquier opción política, no cabe ignorar las vulnerabilidades que abre. Hay que diferenciar la privatización de servicios públicos de la titularidad pública y la gestión privada pero, igualmente, es necesario contemplar los peligros que implica la desconexión de los poderes públicos con la ciudadanía, las empresas acaban conociendo de primera mano las quejas o satisfacciones de quienes reciben los servicios y desde esta posición de privilegio pueden negociar con los poderes públicos unos pliegos de condiciones favorables a sus intereses.

En el fondo de este problema se haya el tema de *El futuro y sus enemigos*, en qué medida los intereses bien organizados pueden imponer sus pretensiones particulares e inmediatas en el presente gravando el interés general e hipotecando el futuro. Maquiavelo lo advirtió de forma impecable: los perjuicios de una política unen a quienes resultan gravados, porque el daño se sufre ahora y, por tanto, genera acción colectiva, en cambio los beneficios se prometen para el futuro, de tal manera que la gente aún no los ha gozado y su entusiasmo y apoyo son tibios. El perjuicio es concentrado y presente, el beneficio futuro y difuso. El autor deja constancia del dilema en las primeras páginas:

La práctica política habitual, que trata de ir acomodando los intereses de las clientelas particulares, en vez de acometer las grandes reformas sociales, tiende a decidir a golpe de presión inmediata. Y no hay lobbies que articulen intereses de los ausentes o, simplemente, los intereses futuros.

CONFIGURAR EL FUTURO EN UNA SOCIEDAD POSTHEROICA

En *Condiciones de la libertad. La sociedad civil y sus rivales*, E. Gellner escribe que *lo extraordinario de la sociedad civil es que, incluso los distraídos, o los preocupados únicamente por sus asuntos privados o que por cualquier otra razón no convienen al ejercicio de la vigilancia e intimidación eternas, también pueden disfrutar de su libertad. La sociedad civil concede libertad incluso a los que no están alerta.*

El postulado del que parte Gellner es el hombre modular. Una antropología política que guarda distancia con el *dictum schumpeteriano* de la primariedad del hombre común cuando formula juicios políticos, pero con cierta similitud en la separación de la política y los intereses o preocupaciones individuales. La modularidad podría simbolizar los rasgos distintivos de la sociedad postheroica: el individuo flexible y pragmático, carente de convicciones fundamentalistas que puede entrar y salir en distintas asociaciones sin temor a la represalia y que, en última instancia, preserva su libertad frente a la tentación absorbente, incluso totalitaria de la política.

El interrogante que suscita una sociedad postheroica, modesta en sus proyectos, atentos sus integrantes a las inquietudes provocadas por sus decisiones más próximas, ganada por el tedio en el ejercicio de hábitos consolidados, es cómo configurará el futuro. El autor señala una gradación en la tipología de las decisiones: la planificación constituye una profunda voluntad de cambio cuidadosamente preparada, identificados los fines, fijados los medios, analizadas y evaluadas las alternativas; el incrementalismo corresponde a una racionalidad de menor alcance, en realidad como gráficamente revela la versión en castellano de la expresión *mudling throught*, se trata de ir tirando porque el horizonte no permite plantear grandes cambios sino pequeños pasos (salir del paso suele presentarse también como adecuada traducción de *muddling throught*). El incrementalismo no es sólo una constatación empírica de la realidad sino una propuesta normativa de comprensión de la política como hipótesis sujeta a ensayo-error de tal forma que los errores que se pudieran cometer, dado su limitado peso, admitirían enmienda, la democracia permite cometer errores reparables.

El riesgo que gravita sobre una sociedad postheroica, donde los grandes principios aparecen como incuestionables, es la hegemonía de la dinámica incremental, al concretar los objetivos hasta el detalle difícilmente se estimula la argumentación y el examen de la posición propia, al contrario, será habitual que se acuda con el propósito de negociar o transigir sin cuestionar las preferencias, por tanto el corto plazo se erige en referencia del proceso y, a falta de proyecto a largo plazo, el riesgo es que haya error sin ensayo, con

lo que la supuesta virtud de la ingeniería social fragmentada de que sólo se aprende de los pequeños aciertos o de los pequeños errores, se vea frustrada porque el resultado se salde con error sin ensayo, es decir sin aprendizaje.

Las excelencias que E. Gellner atribuye a la sociedad civil elogiando la protección recibida por el repliegue ciudadano, ha de matizarse. La gestión de asuntos puntuales incentiva las actitudes del dilema del prisionero y oculta la mentalidad ampliada. Si al espacio público se acude con intereses perfectamente definidos o con creencias acabadas, será imposible, no ya el acuerdo, sino la misma discusión.

En cambio, la deliberación exige el pensamiento extensivo del anticipado diálogo con los demás, en puridad, la deliberación pública supone un manejo del tiempo, a la par que se ponderan las razones más convincentes, intervienen tanto la memoria como la imaginación anticipadora en claro contrapunto con la conducta del dilema del prisionero dominada por un cálculo de utilidades dirigido a la obtención de ganancia inmediata. Daniel Innerarity expone una brillante lectura de la deliberación en *El nuevo espacio público*, es una pena que en este libro no se haya detenido en las amenazas que el incrementalismo puede provocar en las sociedades postheroicas.

Un lamento que aumenta cuando el lector aprecia la elaborada contraposición que el autor establece entre la inmediatez del populismo o la parcialidad de las demandas específicas frente a la necesidad de la representación para articular la pluralidad de voces surgidas de una sociedad compleja. Analizada la cuestión desde otro ángulo, se trataría de la tensión con la representación descriptiva, donde el mandato del representado se expresa en una sola voz a través de instrucciones claras al representante y cuyo presupuesto es la semejanza y la consiguiente ejecución del mandato por el representante como emisario del representado. Sería la representación como réplica, entendido el pueblo en singular, con afinidad conceptual indudable con las premisas del pluralismo que descuenta la existencia de voes perfectamente estructurados.

DERECHA E IZQUIERDA. REALIDAD Y UTOPIA: PRESENTE SIN FUTURO
Y FUTURO SIN PRESENTE

En el capítulo final, Daniel Innerarity hace una brillante reflexión sobre la distinción derecha-izquierda tomando como referencia los binomios presente —realidad y futuro— utopía. Para la derecha, la política sería la gestión de la realidad, para la izquierda, por el contrario la realidad no sería sino el contrapunto negativo de la sociedad ideal. *Unos tienen realidad sin espe-*

ranza, otros, esperanza sin realidad. La clave de bóveda de este libro se levanta en torno a la definición de la política como un manejo de temporalidades diferentes, entre la presión de la inmediatez (especulación financiera, sondeos de opinión) y el tiempo más lento de las reglas contenidas en las instituciones (leyes, relación mayorías-minorías); entre la presión corporativa, presente y concentrada de los intereses bien organizados y la garantía de los intereses generales, difusos y futuros. En el fondo, el problema que late en la reflexión del autor es que las dos grandes filosofías políticas del siglo xx han carecido de una teoría de la política.

El drama aflige singularmente a la izquierda. La socialdemocracia resultó viable hasta el momento que no pudo justificar la desconexión entre el presente y el futuro, entre la gestión reformista del capitalismo como práctica cotidiana y el radicalismo verbal de la aspiración a una sociedad sin clases. Como Norberto Bobbio reprochaba a los teóricos del partido comunista italiano había una crítica marxista al estado capitalista, pero no había una teoría socialista del estado. Igual cabe decir de la crítica a la economía capitalista sin una economía política de carácter socialista. La democracia directa, la participación frente a la representación, la socialización, la nacionalización han revelado la desorientación política de la izquierda. En realidad, la izquierda cuando accedió al gobierno en el período de entreguerras y tras la segunda guerra mundial encontró en las políticas keynesianas un remedio presentable ante la carencia de ideas propias: redistribuir desde las rentas altas con baja propensión al consumo a las bajas cuya renta era predominantemente consumida, permitía *universalizar la subida salarial* como la garantía de la demanda efectiva y, en última instancia, como el mejor argumento a favor del aumento de la renta nacional y el crecimiento económico.

Los presupuestos sociales del keynesianismo eran los propios de una sociedad simple: la relación económica entre rentas bajas y rentas altas, una versión económicamente más operativa que la marxista entre capital y trabajo y social y políticamente más aceptable que la lucha de clases entre burguesía y proletariado. Políticas fiscales, políticas sociales, provisión de servicios públicos, gasto público para neutralizar el ahorro de las rentas altas y el estímulo del consumo en las bajas, constituyeron durante tres décadas la ortodoxia que se ha visto resquebrajada y finalmente desacreditada cuando la sociedad compleja no admite la dicotomía de una sociedad simple en dos bloques perfectamente diferenciados.

En una sociedad compleja resulta muy gravoso manejar la gestión de intereses materiales y la respuesta a valores postmateriales, en buena medida la tensión entre lo particular y lo general y entre el presente y el futuro, el ser de la política.

LA BUENA DESCRIPCIÓN DE LA REALIDAD. LA CONTINGENCIA COMO OPORTUNIDAD

Para restablecer la adecuada relación entre el presente de la realidad y el futuro de una sociedad mejor que la actual, Daniel Innerarity propone alterar el tópico de reservar a la derecha la realidad. Entiende que la única manera de salir de la indolencia y nostalgia de la izquierda, condenada a negar y oponerse a las iniciativas de la derecha, es que se describa mejor la realidad. Volviendo a otros capítulos del libro esta idea implicaría hacer un diagnóstico y un pronóstico (presente y futuro) que reparara en las *señales* prometedoras que la realidad ofrece. Sin embargo la sencillez del consejo no puede ocultar que el empeño reviste enorme envergadura: en las señales solo se repara si se dispone de un proyecto, sólo quien dispone de una estrategia deliberada puede advertir las estrategias emergentes, sólo quien está en posesión de experiencia acrisolada detecta las oportunidades y riesgos de los fenómenos embrionarios.

La dificultad para plantear un proyecto también la deja clara el autor: el recurso al prefijo post revela que lo viejo no muere y lo nuevo no acaba de nacer. Sociedad postheroica, política postideológica, valores postmateriales... no se trataría de grandes proyectos sino de políticas modestas, casi medidas puntuales cercanas al incrementalismo muy difíciles de reconducir a una visión integral y alternativa de la sociedad actual.

Todas las ideas e imágenes de autores que han pensado las transformaciones y los cambios políticos, han sido conscientes de la necesidad de conjugar realismo y visión. La ética de la convicción y la ética de la responsabilidad weberiana, la plasticidad del arquero maquiaveliano que apunta por encima del blanco para que la flecha trace una parábola y alcance el objetivo, dan cuenta de la inevitable ponderación de determinación y pragmatismo. Ambos pensadores hacen un vibrante alegato para que una buena descripción de la realidad permita aspirar a mejorarla: para lograr lo posible es necesario haber imaginado lo imposible dice Weber en *La política como vocación*. Por su parte, Maquiavelo imputa a la fortuna la mitad de los acontecimientos, pero atribuye a la virtud la otra mitad: en el capítulo XXIV de *El Príncipe* se resiste a claudicar ante lo supuestamente inexorable o exponerse al azar, es necesario actuar sabiendo que lo que se empieza tendrá consecuencias y efectos imposibles de anticipar, pero que sólo podrán corregirse si previamente el camino está marcado.

Volviendo a la reflexión sobre el incrementalismo y la sociedad postheroica y recordando las inquietantes preocupaciones que suscitan, conviene reparar en la inevitable ambivalencia de cualquier valoración política. Las sociedades postideológicas pueden no suponer el fin de la historia sino real-

mente su comienzo a condición de no ignorar que para activar la ética de la responsabilidad es imprescindible partir de la ética de la convicción, si este razonamiento se altera y condicionamos las convicciones a su viabilidad inmediata, corremos el riesgo de degradar la paciencia en resignación o lo que es peor: como no podemos cambiar la realidad, la realidad acaba elogiándose con la supuesta astucia de la zorra narrada en la fábula que, al no alcanzar las uvas, desiste en su empeño aduciendo la inmadurez del fruto.

La izquierda no debe condicionar, mucho menos subordinar, su identidad (principios y convicciones que no ideología) a sus posibilidades a corto plazo, deberá esmerarse en la buena descripción de la realidad pero, sobre todo, no abandonará el horizonte que le permita calibrar la distancia que le separa. El incrementalismo y el tedio de la sociedad postheroica puede acabar en la búsqueda del centro, en la negociación y competencia de intereses encontrados dando por descontados y asumidos unos principios presuntamente compartidos, pero que resultan fundamentales para informar las decisiones diarias y menores.

Manuel Zafra Víctor
Universidad de Granada